



POESIAS LÍRICAS

A.....

DEDICÁNDOLE SUS POESÍAS

SONETO

Marchitas ya las juveniles flores,
Nublado el sol de la esperanza mía,
Hora tras hora cuento, y mi agonía
Crece con mi ansiedad y mis dolores.

Sobre terso cristal ricos colores,
Pinta alegre tal vez mi fantasía,
Cuando la triste realidad sombría
Mancha el cristal y empaña sus fulgores.

Los ojos vuelvo en incesante anhelo,
Y gira en torno indiferente el mundo,
Y en torno gira indiferente el cielo.

A ti las quejas de mi amor profundo,
Hermosa sin ventura, yo te envío:
Mis versos son tu corazón y el mío.

Á DON DIEGO DE ALVEAR

sobre la muerte de su amado padre

ELEGÍA (I)

¿Qué es la vida? ¡gran Dios! plácida aurora
Cándida ríe entre arreboles cuando
Brillante apenas esclarece un hora;
Pálida luz y trémula oscilando,
Baja al silencio de la tumba fría,
Del pasado esplendor nada quedando;

Allí la palma del valor sombría
Marchitase, y allí la rosa pura
Pierde el color y fresca lozanía;
No alcanza allí jamás de la ternura
El misero gemido ni el lamento,
Ni poder, ni riqueza, ni hermosura.

Sobre yertos cadáveres su asiento
Erige, y huella la implacable muerte
Armas, arados, púrpuras sin cuento.

Misero Albino, doloroso vierte
Lágrimas de amargura: á par contigo,
Yo lloraré también tu infausta suerte.

Y si el nombre dulcísimo de amigo,
Si un tierno corazón alcanza tanto,
Tus penas ¡ay! consolarás conmigo.

(1) Cuando Espronceda escribió esta elegía, expansión íntima de amistad, y sin ánimo de que pudiese publicarse, contaba apenas 19 años.

El tormento, el dolor, la pena, el llanto,
Débitos son de un hijo cariñoso
Al triste padre de quien fué el encanto.

Mas no siempre con lluvias caudaloso
El valle anega montaraz torrente,
Ni encrespa el mar sus olas borrascoso:

No siempre el labrador tímido siente
El trueno aterrador, ni al aire mira
Desprenderse veloz rayo luciente.

Ahora lamenta, sí, tierno suspira
Desahogo que dió naturaleza;
Que el pecho al suspirar tal vez respira.

Lágrimas, sólo el áspera dureza
Calman del infortunio; ellas la herida
Bálsamo son que cura y su crudeza.

¡Cuánto sería misera la vida
Si, envuelta con el llanto, la amargura
No brotara del alma dolorida!

Trocada en melancólica dulzura,
Sólo queda después tierna memoria,
Y aún halla el pecho gozo en su tristura.

Tú así lo probarás, ya la alta gloria
De tu padre recuerdes, coronada
Su frente de laurel de la victoria;

O ya vibrando la terrible espada,
En medio el ancho piélagos, triunfante,
Miedo y terror de la francesa armada,

O el arnés desceñido de diamante,
En oliva pacífica trocando
El hierro en las batallas centelleante.

Aún hoy miro á los vientos flameando
Las ricas apesadas banderolas,
Augusta insignia del francés infando;

Y aún hoy resuenan las medrosas olas,
Al azotar de Cádiz la alta almena,
De sus glorias á par las españolas.

Tintas en propia sangre y sangre ajena,
En la sañuda lid siempre miraron
Brillar su frente impávida y serena;

Y en torno amedrentadas rebramaron
Cuando al morir sus prendas más amadas,
Impávido también le contemplaron.

Cayeron á su vista, y casi ahogadas
Las vió tenderle los ansiosos brazos
Y súbito al profundo sepultadas;

Y en desigual combate hecho pedazos,
Aún su corazón fuerte y altivo
Del anglo esquivaba los indignos lazos.

Busca con ansia entre la lid la muerte
Y huye la muerte de él, y ¿quién, quién pudo
Penetrar los secretos de la suerte?

Nuevo y dulce placer, más dulce nudo
Grata le aguarda su feliz ventura
Cuando más de favor se cree desnudo.

¡Cuánto gozo sin fin! ¡Cuánta ternura
Probó en los brazos de su nueva esposa
El beso al recibir de su dulzura!

Ya agradable á su prole numerosa,
Vuelto otra vez á los paternos lares
Daba lecciones de virtud piadosa.

Ya calmaba del triste los pesares
Con labio afable y generosa mano,
Ya llevaba la paz á sus hogares.

Y en tanta dicha el corazón ufano,
De lágrimas colmado y bendiciones,
Tornaba alegre el venerable anciano:

Los timbres á aumentar de sus blasones
A vosotros sus hijos animaba
Recordando sus inclitas acciones.

Y en todos juntos renacer miraba,
De nombre á par, su antigua lozania,
Y tierno en contemplarlos se gozaba.

¿Por qué tú ¡oh muerte! arrebataste impia
Al que de tantos tristes la ventura
Y el noble orgullo de la patria hacía?
Fuente á eterno llorar abrió tu dura
Mano, y tu saña y cólera cebaste
A un tiempo en la inocencia y la hermosura.

Y ¿qué cítara triste habrá que baste
Lúgubre á resonar en sordo acento
Cual de su dulce esposa le arrancaste?

La noble faz serena, el pecho exento
De tormento roedor, dulce y tranquilo
Dió entre sus hijos su postrer aliento.

Y ya cayendo de la parca al filo,
Cual se oscurece el sol en occidente,
Va del sepulcro al sosegado asilo.

Gemidos oigo y lamentar doliente
Y el ronco són de parches destemplados
Y el crujir de las armas juntamente.

Marchan en pós del féretro soldados
Con tardo paso y armas funerales
Al arco de los bronces disparados.

Y entre fúnebres pompas y marciales,
En la morada de la muerte Augusta
Las bóvedas retumban sepulcrales.

¡Ay! para siempre ya la losa adusta,
Oh, caro Albino, le escondió á tus ojos;
Mas no el bueno murió; la parca injusta

Roba tan sólo efimeros despojos,
Y alta y triunfante la alcanzada gloria
Guarda en eternos mármoles la historia.

SERENATA

Delio á las rejas de Elisa
Le canta en noche serena

Sus amores:

Raya la luna, y la brisa
Al pasar plácida suena

Por las flores,

Y al eco que va formando
El arroyuelo saltando

Tan sonoro,

Le dice Delio á su hermosa
En cantinela amorosa:

«Yo te adoro.»

En el regazo adormida

Del blando sueño, presentes

Mil delicias,

En tu ilusión embebida,

Feliz te finges, y sientes

Mis caricias.

Y en la noche silenciosa

Por la pradera espaciosa

Blando coro

Forman, diciendo á mi acento

El arroyuelo y el viento:

«Yo te adoro.»

En derredor de tu frente

Leve soplo vuela apenas

Muy callado,

Y allí esparcido se siente

Dulce aroma de azucenas

Regalado,

Que en fragancia deleitosa
Vuela también á la diosa
Que enamoro.
El eco grato que suena,
Oyendo mi cantinela:
«Yo te adoro.»
Del fondo del pecho mio
Vuela á ti suspiro tierno
Con mi acento:
En él, mi Elisa, te envío
El fuego de amor eterno,
Que yo siento.
Por él, mi adorada hermosa,
Por esos labios de rosa
De ti imploro
Que le escuches con ternura,
Y le oirás como murmura:
«Yo te adoro.»
Despierta y el lecho deja;
No prive el sueño tirano
De tu risa
A Delio, que está á tu reja
Y espera ansioso tu mano,
Bella Elisa.
Despierta, que ya pasaron
Las horas que nos costaron
Tanto lloro;
Sal, que gentil enramada
Dice á tu puerta enlazada:
«Yo te adoro.»

Lóndres, 1828.

A UNA DAMA BURLADA.

Dueña de rubios cabellos,
Tan altiva,
Que creéis que basta el vello
Para que un amante viva
Preso en ellos
El tiempo que vos queréis:
Si tanto ingenio tenéis
Que entreteneis tres galanes,
¿Cómo salieron mal hora,
Mi señora,
Tus afanes?
Pusiste gesto amoroso
Al primero;
Al segundo el rostro hermoso
Le volviste placentero;
Y con doloso
Sortilegio en tu prisión
Entró un tercer corazón:
Viste á tus piés tres galanes,
Y diste, al verlos rendidos,
Por cumplidos
Tus afanes.
¡De cuántas mañas usabas
Diligente!
Ya tu voz al viento dabas,
Ya mirabas dulcemente,
O ya hablabas
De amor, ó dabas enojos;
Y en tus engañosos ojos
A un tiempo los tres galanes,

Sin saberlo tú, leían
Que mentían
Tus afanes.
Ellos de tí se burlaban;
Tú reías;
Ellos á tí te engañaban,
Y tú mintiendo, creías
Que te amaban:
Decid, ¿quién aquí engañó?
¿Quién aquí ganó ó perdió?
Sus deseos los galanes
Al fin miraron cumplidos,
Tú fallidos
Tus afanes (1).

A LA NOCHE.

ROMANCE

Salve, oh tú, noche serena,
Que el mundo velas Augusta
Y los pesares de un triste
Con tu oscuridad endulzas.
El arroyuelo á lo léjos
Mas acallado murmura,
Y entre las ramas el aura
Eco armonioso susurra.

(1) Estos versos componen una canción que el autor puso en boca del paje Jimeno en la novela histórica titulada *Sancho Saldaña ó el Castellano de Cuellar*.

Se cubre el monte de sombras
Que las praderas anublan,
Y las estrellas apenas
Con trémula luz alumbran.
Melancólico ríido
Del Mar las olas murmuran,
Y fátuos, rápidos fuegos
Entre sus aguas fluctúan.
El majestüoso río
Sus claras ondas enluta,
Y los colores del campo
Se ven en sombra confusa
Al aprisco sus ovejas
Lleva el pastor con presura,
Y el labrador impaciente
Los pesados bueyes punza.
En sus hogares le esperan
Su esposa y prole robusta,
Parca cena preparada
Sin sobresalto ni angustia.
Todos süave reposo
En tu calma ¡oh noche! buscan,
Y aun las lágrimas tus sueños
Al desventurado enjugan.
¡Oh qué silencio! ¡oh qué grata
Oscuridad y tristura!
¡Cómo el alma contemplaros
En sí recogida gusta!
Del mustio agorero buho
El ronco graznar se escucha,
Que el magnífico reposo
Interrumpe de las tumbas.
Allá en la elevada torre
Lánguida lámpara alumbrá,
Y en derredor negras sombras,
Agitándose, circulan.

Mas ya el pértigo de plata
Muestra naciente la luna,
Y las cimas del otero
De cándida luz inunda.
Con majestad se adelanta
Y las estrellas ofusca,
Y el azul del alto cielo
Reverbera en lumbre pura
Deslizase manso el rio,
Y su luz trémula ondula
En sus aguas retratada,
Que, terso espejo, relumbran.
Al blando latir del remo
Dulces cantares se escuchan
Del pescador, y su barco
Al plácido rayo cruza.
El ruiseñor á su esposa
Con vario cántico arrulla,
Y en la calma de los bosques.
Dice él solo sus ternuras.
Tal vez de algun caserío
Se ve subir en confusas
Ondas el humo, y por ellas
Entre-clarear la luna.
Por el espeso ramaje
Penetrar sus rayos dudan,
Y las hojas que los quiebra
Hacen que tímidos luzcan.
Ora la brisa sùave
Entre las flores susurra,
Y de sus gratos aromas
El ancho campo perfuma.
Ora acaso en la montaña
Eco sonoro modula
Algún lánguido sonido,
Que otro á imitar se apresura.

Silencio, plácida calma
A algún murmullo se juntan
Tal vez, haciendo más grata
La faz de la noche oscura.
¡Oh! salve, amiga del triste,
Con blando bálsamo endulza
Los pesares de mi pecho,
Que en tí su consuelo buscan.

EL PESCADOR

Pescadorcita mía,
Desciende á la ribera,
Y escucha placentera
Mi cántico de amor;
Sentado en su barquilla,
Te canta su cuidado,
Qual nunca enamorado
Tu tierno pescador.
La noche el cielo encubre
Y calla manso el viento,
Y el mar sin movimiento
También en calma está:
A mi batel descende,
Mi dulce amada hermosa:
La noche tenebrosa
Tu faz alegrará.
Aquí apartados, solos,
Sin otros pescadores,
Suavísimos amores
Felice te diré,
Y en esos dulces labios
De rosas y claveles

El ámbar y las mieles
Que vierten libaré.

La mar adentro iremos,
En mi batel, cantando
Al son del viento blando
Amores y placer;

Regalaréte entonces
Mil varios pececillos
Que al verte simplecillos
De ti se harán prender.

De conchas y corales
Y nácar á tu frente
Guirnalda reluciente,
Mi bien, te ceñiré;

Y eterno amor mil veces
Jurándote, cumplida
En ti, mi dulce vida,
Mi dicha encontraré.

No el hondo mar te espante,
Ni el viento proceloso,
Que al ver tu rostro hermoso
Sus iras calmarán;

Y silfides y ondinas
Por reina de los mares
Con plácidos cantares
A par te aclamarán.

Ven ¡ay! á mi barquilla:
Completa mi fortuna:
Naciente ya la luna
Refleja el ancho mar:

Sus mansas olas bate
Súave, leve brisa;
Ven ¡ay! mi dulce Elisa,
Mi pecho á consolar.

OSCAR Y MALVINA

IMITACION DEL ESTILO DE OSIAN.

(*A tale of the times of old.*)

LA DESPEDIDA.

Magnífico Morven, se alza tu frente
De sempiterna nieve coronada:
Al hondo valle bramador torrente
De tu cumbre enriscada
Se derrumba con impetu sonante,
Y zumba allá distante.
La lira de Osian resonó un día
En tu breñosa cumbre:
Tierna melancolía
Vertió en la soledad, y repetiste
Su acento de dolor, lánguido y dulce
Como el recuerdo del amante triste
De su amada en la tumba.
El eco de su voz clamando «guerra,»
Al rumor del torrente parecía,
Que en silencio retumba.
Aun figuro tal vez que las montañas
De nuevo esperan resonar su acento,
Cual, muda la ribera,
De las olas que tornan,
El ronco estruendo y el embate espera.
¿Dónde estás, Osian? ¿En los palacios
De las nubes agitas la tormenta,

O en el collado gira allá en la noche
Vagarosa tu sombra macilenta?
Siento tierno quejido,
Y oigo el nombre de Oscar y de Malvina
Del aura entre el rúido,
Si el alta copa del ciprés inclina;
Y al resonar el hijo de la roca,
Cuando su voz se pierde
Cual la luz de la luna entre la niebla,
Mi mente se figura
Que escucho tus acentos de dulzura.
Miro el alcázar de Fingal cubierto
De innoble musgo y yerba,
Y en silencio profundo sepultado
Como la noche el mar, el viento en calma.
¿Dó las armas están? ¿Dónde el sonido
Del escudo batido?
¿Do de Caril la lira delicada,
Las fiestas de las conchas y tu llanto,
Móina desconsolada?
Blando el eco repite
Segunda vez el nombre de Malvina
Y el de su dulce Oscar: tiernos se amaron:
Gime en su losa de la noche el viento,
Y repite sus nombres que pasaron.
Oscar, de negros ojos: en las paces
Dulce su corazón como los rayos
Del astro bello precursor del día;
Y fiero en la batalla de la lanza,
A la suya seguía
La muerte que vibraba su pujanza.
Llamó al héroe la guerra
Que el tirano Cairvar fiero traía,
Y su Malvina hermosa,
Tierno llanto vertiendo, le decía:
¿Dónde marchas, Oscar? Sobre las rocas.

Donde braman los vientos,
Me mirarán llorar mis compañeras:
No más fatigaré, vibrando el arco,
Por el monte las fieras,
Ni á ti cansado de la ardiente caza
Te esperaré cuidosa,
Ni oiré ya más la voz de tus amores,
Ni mi alma estará nunca gozosa.
«¿En dónde está mi Oscar?» á los guerreros
Preguntaré anhelante;
Y ellos pasando junto á mí ligeros
Responderán: «¡Murió!» Dice y espira
En sollozos su acento, más súave
Que del arpa el sonido,
Al vislumbrar la luna
El solitario bosque y escondido.
«Destierra ese temor, Malvina mía,»
Oscar responde con fingido aliento;
«Muchos los héroes son que Fingal manda:
Caiga el fiero Cairvar y yo perezca,
Si es forzoso también: más tú, Malvina,
Bella como la edad de la inocencia,
Vive, que ya destina
Himnos el bardo á eternizar mi gloria.
Mis hazañas oirás, y entre las nubes
Yo sonreiré feliz, y vagaroso
Allá en la noche fría
Bajaré á tu mansión: verás mi sombra
Al triste rayo de la luna umbría.»
Y dice, y se desprende de los brazos
De su infeliz Malvina:
A pasos rapidísimos avanza,
Y á la llama oscilante
De las hogueras del extenso campo
Brillar se ven sus armas cual radiante,
Rápida exhalación. Yace en silencio

El campamento todo,
Y sólo al eco repetir se siente
El crujir, al andar, de su armadura
Y el blando susurrar del manso ambiente.
Cual por nubes la luna silenciosa
Su luz quebrada envía
Trémula sobre el mar que la retrata,
Que ora se ve brillar, ora perdida,
Pardo vellón de nube la arrebata,
Cielo y tierra en tinieblas sepultando,
Así á veces Oscar brilla y se pierde,
La se'va atravesando.

EL COMBATE

Cairvar yace adormido
Y tiene junto á sí lanza y escudo.
Y relumbra su yelmo
Claro á la llamarada reluciente
De un tronco carcomido,
Casi despojo de la llama ardiente,
Mitad de él á cenizas reducido.
«Levántate, Cairvar,» Oscar le grita:
«Cual hórrida tormenta
Eres tú de temer; más yo no tiemblo:
Desprecio tu arrogancia y osadía:
La lanza apresta y el escudo embraza,
Alzate pues, que Oscar te desafia.»
Cual en noche serena
Súbito amenazante, inmensa nube
La turbulenta mar de espanto llena,
Se levanta Cairvar, alto cual roca
De endurecido hielo.

«¿Quién osa del valiente,»
En voz tronante grita,
«¿Ora turbar el sueño? ¿y quién irrita
La cólera á Cairvar armipotente?»
«Vigoroso es tu brazo en la pelea,
Rey de la mar de aurirrolladas olas,»
Oscar de negros ojos le responde,
.....
«Hará ceder tu indómita pujanza.»
Como el furor del viento proceloso
Ondas con ondas con bramido horrendo
Estrella impetuoso,
Los guerreros ardiendo se arremeten
Y fieros se acometen.
Chispea el hierro, la armadura suena:
Al rumor de los golpes gime el viento,
Y su són dilatándose violento,
Al ronco monte atruena.
Cayó Cairvar como robusto tronco
Que tumba el leñador al golpe rudo
De hendiente hacha pesada,
Y cayó derribada
Su soberbia fiereza,
Y su insolente orgullo y aspereza.
Mas ¡ay! que moribundo,
Oscar yace también: ¡triste Malvina!
Aun no los bellos ojos apartaste
Del bosque aquel que le ocultó á tu vista,
Y del último adios aun no enjugaste
Las lágrimas hermosas,
Tú más dulce á tu Oscar que las sabrosas
Auras de la mañana.
Siempre sola estarás: si entre las selvas
Pirámide de hielo
Reverbera á la luna,

En tu ilusion dichosa
Figurarás tu amante,
Pensando ver su cota fulgurosa:
Pasará tu delirio,
Y verterás el llanto de amargura
Sola y desconsolada.
«¡Ay! ¡Oscar pereció!» gemirá el viento
Al romper la alborada,
Y al ocultar el sol la sombra oscura
De la noche callada.

AL SOL

HIMNO.

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo
Y extático ante ti me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guía.
¡Ojalá que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh sol! á tí llegara
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera también su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos
Mirando sin cesar, los fijaría.

¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te veía
Y en contemplar tu luz me embebecía!
De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Oceano
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.
Tranquilo subes del cénit dorado
Al régio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica encendida cabellera
En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculos se mecen

Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de tu cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.
Y otra vez nuevos siglos
viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual olas
Llegan, se agolpan y huyen de Oceano,
Y tornan otra vez á sucederse:
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.
¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable.
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso, dominando?
No; que también la muerte,
Si de léjos te sigue,
No ménos anhelante te persigue,
¿Quién sabe si tal vez pobre destello

Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!!!

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre soberano,
Y allá á la eternidad también descienda,
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado;
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aún quedará reliquia de tu lumbre!!!

LAS QUEJAS DE SU AMOR

Bellísima parece
Al vástago prendida,
Gallarda y encendida
De abril la linda flor;
Empero muy más bella
La virgen ruborosa
Se muestra, al dar llorosa
Las quejas de su amor.
Súave es el acento
De dulce amante lira,
Si al blando són suspira
De noche el trovador;
Pero aun es más súave

La voz de la hermosura

Si dice con ternura

Las quejas de su amor.

Grato es en noche umbría

Al triste caminante

Del alba radiante

Mirar el resplandor;

Empero es aún más grato

Al alma enamorada

Oír de su adorada

Las quejas de su amor.

SERENATA

Despierta, hermosa señora,

Señora del alma mía:

Den luz á la noche umbría

Tus ojos que soles son.

Despierta, y si acaso sientes

Tu corazón conmovido,

Es que responde al latido

De mi amante corazón,

Oye mi voz.

La flor más pura y galana

Que el abril fecundo adora,

Al despuntar de la aurora

Perfuma el primer albor:

Pero es mil veces más puro

De tu boca el blando aliento

Si perfuma en torno el viento

Tierno suspiro de amor,

Oye mi voz.

Adiós, mis dulces amores,

Que envidiosa el alba fría

Ya raya en Oriente el día

Por turbar nuestro placer:

Adiós, señora; mi alma

Dejo, al partirme, contigo:

Amante triste, maldigo,

Aurora, tu rosicler,

Guárdame fe.

EL HACHA DEL REY

ROMANCE.

Raya la naciente luna
En la cumbre del Oreb,
Y armado un fuerte guerrero
En la campiña se ve.

Al melancólico rayo
Brilla una cruz en su arnés;
Paladín es, que defiende
La santa Jerusalén.

Del Jordán camina al paso,
Siguiendo el curso tal vez,
Ricamente enjaezado
Su gallardo palafrén.

En tanto á su encuentro sale
Un árabe en su corcel,
Con lanza corta y alfanje
Y reluciente pavés.

Al trotar crujen sus armas,
Y el paladín, que le ve,
Suelta al caballo la rienda
Y arranca contra el infiel.

Pronto el árabe se apresta,
Ganoso de gloria y prez,
Y el diestro brazo á la espalda
Tira gallardo á ofender.

La lanza vuela silbando
Y del cristiano á los piés,
Perdido el tiro, penetra,
La tierra haciendo tremar.

«Rindete moro, le grita,
Tu recio furor detén;
Yo soy Ricardo.—¿Qué importa,
Si yo soy Abenamet?»

Y un bárbaro golpe fiero
Le descarga al responder,
Y su alfanje damasquino
El yelmo taja á cercen.

Ya un hacha tremenda agita
Sañudo el monarca inglés
Que hiende el turbante, y hiende
La cabeza del infiel:

Hacha grave que ninguno
De cuantos visten arnés,
Ni aun puestas entrambas manos,
Pudiera apenas mover.

LA VUELTA DEL CRUZADO.

El que ansioso de alta gloria
Joven dejó sus hogares
Y lanzándose á los mares
Voló á buscar la victoria:
Vencedor del turco fiero
Vuelve el valiente cruzado,

Del sol el rostro tostado
Y tinto en sangre el acero.

Allí, su lanza en la lid
Dió á su renombre esplendor,
Y le cantó el trovador
Como á impávido adalid.

Ora vuelve, en su semblante
Con cicatrices de heridas
En honra y pró recibidas
De la que adora constante.

Tal vez al verle á su reja
Le desconozca la hermosa
Que sensible y cuidadosa
Oyó otro tiempo su queja:

Mas si no vuelve de Oriente,
Cual ántes joven hermoso,
Vuelve intrépido y brioso
Y ornada en lauros la frente.

Y las lunas abatidas
De los árabes altivos,
Cien caballos, cien cautivos,
Cien cimitarras vencidas.

El soldado de Sión
Rendirá ante su hermosa,
Y con humilde ternura
Su constante corazón.

Que por la cruz y en su honor
Ha alcanzado la victoria;
Y su nombre y su memoria
Realzó en la lid su valor.

Y buscando donde ir
Á hacer su nombre famoso,
Vuelve á sus piés venturoso
Sus laureles á rendir.

EL TEMPLARIO

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA

Ya tarde en la noche la luna escondía,
Cercana á Occidente, su livida faz,
Y al Norte, entre nubes, relámpago ardía,
Que el cielo inundaba de lumbre fugaz.

El Tajo sus aguas con ronco bramido
Despeña, y el eco redobla el fragor,
El bosque se mece con ronco ruido,
De negras tormentas fatal precursor.

Al fuego que el raudal relámpago enciende,
Que el monte y la selva parece abrasar,
Un hombre á caballo la margen desciende,
Y al trote se sienten sus armas chocar.

Tal vez á su paso con viva vislumbre
La cruz en su escudo radiante brilló,
Mas luego en tinieblas la rápida lumbre
Al hombre y caballo consigió ocultó.

De un monte en la altura levanta su frente,
Soberbio castillo de ilustre señor,
Brillantes antorchas le adornan luciente,
Y de arpas y fiestas se escucha el rumor.

Abiertas las rejas las luces se agitan
Y alegre banquete se deja entrever,
Los néctares dulces al júbilo excitan
Y á cien caballeros cantando á beber.

Cual negro fantasma de forma medrosa
Que á tímida virgen de noche aterró,
Así en la alta cumbre del monte escabrosa,
El hombre á caballo veloz pareció.

Al pie del castillo llegando el guerrero,

Alegre relincha su noble trotón:
La rienda recoge, desmonta ligero,
Y para y escucha sonar la canción.

Del arpa sonora los dulces concientos,
Aplauden con bravos y vivas sin fin,
Y en coro resuenan alegres acentos,
En alto las copas á honor del festin.

Mas luego en silencio la mágica lira
Vibrando suave se torna á escuchar,
Y sigue á su acento, que plácido inspira,
La voz regalada de aqueste cantar.

En tanto el guerrero que el cántico oía,
Con fuerza en las puertas su lanza chocó,
Y allá en las almenas al punto el vigía
«¿Quién llama á estos muros?» audaz preguntó.

«Asilo en la noche demanda un guerrero
Que errante camina» gritó el paladín:
«Abridle,» de adentro mandó un caballero,
»Y encuentre acogida y asiento al festin.»

Las gruesas cadenas que el puente suspende
Con ronco bramido se sienten crujir,
Y bajan el puente, y algunos descienden,
Armados guerreros las puertas á abrir.

Su nombre preguntan; responde el soldado:
«Mi nombre, aunque ilustre, me es fuerza ocultar;
Saber es bastante que soy un cruzado
Que vuelve de tierras de allende la mar.»

So un manto sencillo de cándido lino,
Do roja aparece la espléndida cruz,
Su rostro y sus armas cubrió el paladino,
Los ojos tan sólo quedando á la luz:

En ellos ostenta con fiera altiveza,
Fijándolos firmes intrépido ardor;

Mas luego se apaga con fria tristeza,
O usado descuido su noble esplendor.

En tanto dos pajes sirviendo de guía
Conducen al huésped adentro el salón,
Y sale á su encuentro con faz de alegría,
Dejando el banquete, gallardo infanzón:

Su mano, por muestra de dar bienvenida,
Tendiéndole, dice: «Llegad aquí en paz,
Os dé mi castillo sabrosa acogida,
Y halléis con nosotros placer y solaz.»

El huésped, en tanto que el noble le hablara
Mantiene los ojos clavados en él,
Así que en su rostro, semblanza encontrara
Que antiguos recuerdos presentarle fiel.

«¿Sois vos, le pregunta, gentil castellano,
De aquesta comarca tal vez el señor?
¿Sois vos el que nombran el conde Lozano,
Honor de Castilla, del moro terror?»

El noble modesto responde al guerrero:
«Yo soy el que llaman como vos decís,
Empero la fama da un nombre á mi acero
Más alto que nunca por él merecí.

»Entrad con nosotros, partid el contento,
Ilustre soldado de la alta Sión;
Dirás de tus viajes el plácido cuento,
Y oiremos tus hechos con grata atención.»

«Mi vida y mis hechos, el huésped responde,
Ansiara yo mismo por siempre olvidar;»
Y dice, y su rostro moreno se esconde
So nube sombría de negro pesar.

Del sol de la Libia quemado el semblante,
Sus ojos un punto centellear se ven,
Mas luego se apaga su brillo al instante
Y al fuego que lanzan sucede el desdén.

.

CANCIONES

LA CAUTIVA

Ya el sol esconde sus rayos,
El mundo en sombras se vela,
El ave á su nido vuela,
Busca asilo el trovador.

Todo calla: en pobre cama
Duerme el pastor venturoso;
En su lecho suntüoso
Se agita insomne el señor.

Se agita; más ¡ay! reposa
Al fin en su patrio suelo;
No llora en misero duelo
La libertad que perdió:

Los campos ve que á su infancia
Horas dieron de contento,
Su oído halaga el acento
Del país donde nació.

No gime ilustre cautivo
Entre doradas cadenas,
Que si bien de encanto llenas
Al cabo cadenas son.

Si acaso triste lamenta,
En torno ve á sus amigos,
Que, de su pena testigos,
Consuelan su corazón.

La arrogante erguida palma
Que en el desierto florece,

Al viajero sombra ofrece,
Descanso y grato manjar:
Y, aunque sola, allí es querida
Del árabe errante y fiero,
Que siempre va placentero
A su sombra á reposar.

Mas ¡ay triste! yo cautiva,
Huérfana y sola suspiro,
En clima extraño respiro,
Y amo á un extraño también.

No hallan mis ojos mi patria;
Humo han sido mis amores;
Nadie calma mis dolores,
Y en celos me siento arder.

¡Ah! ¿Llorar? Llorar?... no puedo
Ni ceder á mi tristura,
Ni consuelo en mi amargura
Podré jamás encontrar.

Supe amar como ninguna,
Supe amar correspondida;
Despreciada, aborrecida,
¿No sabré también odiar?
¡Adiós patria! ¡adiós, amores!

La infeliz Zoraida ahora
Sólo venganzas implora,
Ya condenada á morir.

No soy ya del castellano
La sumisa enamorada:
Soy la cautiva cansada
Ya de dejarse oprimir (1)

(1) Esta canción también se insertó en la citada novela de *Sancho Saldaña*.

CANCION DEL PIRATA

Con diez cañones por banda,
Viento en popa á toda vela
No corta el mar, sinó vuela
Un velero bergantín:

Bajel pirata que llaman
Por su bravura el *Temido*,
En todo mar conocido
Del uno al otro confin.

La luna en el mar ríela,
En la lona gime el viento,
Y alza en blando movimiento
Olas de plata y azul;

Y ve el capitán pirata,
Cantando alegre en la popa,
Asia á un lado, al otro Europa
Y allá á su frente Stambul (1).

«Navega, velero mio,
Sin temor,

Que ni enemigo navío,
Ni tormenta, ni bonanza
Tu rumbo á torcer alcanza
Ni á sujetar tu valor.

»Veinte presas
Hemos hecho
A despecho
Del inglés,
Y han rendido

(1) Nombre que dan los Turcos á Constantinopla.

Sus pendones
Cien naciones
A mis piés.

»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad;
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.
«Allá muevan feroz guerra
Ciegos reyes

Por un palmo más de tierra:
Que tengo aquí por mío
Cuanto abarca el mar bravío,
Y á quien nadie impuso leyes.

»Y no hay playa
Sea cualquiera
Ni bandera
De esplendor,
Que no sienta
Mi derecho,
Y dé pecho
A mi valor.

»Que es mi barco mi tesoro...
«A la voz de «¡barco viene!»
Es de ver

Como vira y se previene
A todo trapo escapar:
Que yo soy el rey del mar,
Y mi furia es de temer.

»En las presas
Yo divido
Lo cogido
Por igual:
Sólo quiero
Por riqueza
La belleza
Sin rival.

»Que es mi barco mi tesoro...
«¡Sentenciado estoy á muerte!
Yo me río:

No me abandone la suerte,
Y al mismo que me condena,
Colgaré de alguna entena,
Quizá en su propio navío.

»Y si caigo,
¿Qué es la vida?
Por perdida
Ya la di,
Cuando el yugo
Del esclavo,
Como un bravo
Sacudí.

»Que es mi barco mi tesoro...
»Son mi música mejor
Aquilones:

El estrépito y temblor
De los cables sacudidos,
Del negro mar los bramidos
Y el rugir de mis cañones.

»Y del trueno
Al son violento,
Y del viento
Al rebramar,
Yo me duermo
Sosegado,
Arrullado
Por la mar.

»Que es mi barco mi tesoro,
Que es mi Dios la libertad,
Mi ley la fuerza y el viento,
Mi única patria la mar.»